

## IV

### De la Habana á Filadelfia. Cuarentena. Un día en New York.



Después de haber hecho visar nuestros pasaportes por el gobierno de Cuba y por nuestro cónsul, requisito sin el cual no se nos hubiera permitido salir de la Habana, nos embarcamos en el vapor «Yazoo,» con dirección á Filadelfia, el 30 de Setiembre por la tarde. Nuestras cargas y equipajes se habían trasladado á bordo desde la mañana del mismo día. A las cuatro y media levaba el buque sus anclas, y saliendo con precaución por la estrecha boca de la bahía, saludaba al pabellon español con los dos cañonazos de costumbre, al pasar frente á los fuertes de la «Cabaña» y del «Morro,» que defienden la entrada del puerto.

La temperatura, extremadamente elevada en los dos días anteriores, estaba algo mas fresca á consecuencia de una ligera lluvia caída la noche anterior. El Oceano seguía en calma: solo algunos copos de espuma se veían coronar á lo lejos las crestas de las olas en la dirección de la alta mar; mientras que á nuestra derecha y á muy corta distancia, veíamos los blancos y elevados penachos

en que se resuelven las ondas al estrellarse contra las rocas en cuyas cimas se levanta el torreón del Morro. Por nuestra izquierda y en las playas que íbamos dejando al Sur, se extendía hasta confundirse con las brumas del horizonte, la línea de vistosos edificios y casas de campo que forman la ciudad moderna, cuyos límites, se ensanchan de día en día, invadiendo las colinas inmediatas, siempre revestidas de su verdor tropical y que presentan una deliciosa perspectiva.

Muy pocos pasajeros conducía el «Yazoo,» vapor de unas 1400 toneladas: además de nosotros, había un alemán, un americano y dos cubanos. El capitán Mr. Barret, persona de excelentes maneras, era un tipo de esa franqueza, cordialidad y buen humor que se halla con tanta frecuencia entre los marinos. Siempre comedido con sus huéspedes, siempre tratando de hacerles olvidar la monotonía del viaje, hallaba á cada instante originales ocurrencias ó cuentos oportunos, que hacían breves los ratos que pasaba en nuestra compañía; y cortos eran en verdad, pues los deberes de su cargo le obligaban á estar casi de continuo vigilando personalmente todos los ramos del servicio. A la hora de comer especialmente, nos regalaba con la relación de sus viajes y de sus aventuras, salpicada de anécdotas picantes y llenas de originalidad, pero siempre con el tacto y la finura de una persona de mundo, bien educada, que ha visto muchos países y tratado á muchos hombres. Nos obsequiaba de esta manera con la única salsa con que es posible hacer honor á los manjares de la cocina anglo-americana de estilo puro, sobre todo cuando es marítima.

El 1° de Octubre por la mañana, pasamos bastante cerca de las costas de la Florida, para distinguir á la simple vista las blancas torres de los numerosos faros que anuncian al navegante el principio de esa zona peligrosa cubierta de innumerables archipiélagos, rocas y bajos que se extiende paralelamente á la costa casi hasta los 28° de

latitud. Era esta la segunda vez que yo a través de aquellos mares, y no pude menos de recordar las circunstancias en que 13 años antes los había atravesado. Fué durante los primeros tiempos de la gran guerra civil de los Estados Unidos, y navegaba yo de New York á la Habana en el vapor «De Soto,» entonces buque mercante, y el mismo en que seis años mas tarde emprendió Mr. Seward su largo viaje alrededor del mundo. Como esa embarcacion pertenecia á los Estados del Norte, navegaba con la mayor precaucion para no encontrarse con alguno de los cruceros del Sur, que comenzaban ya á recorrer el mar en busca de presas. Un dia al caer la tarde, hallándonos en el canal de Bahama, se presentó repentinamente á babor, y á mucha distancia, otro vapor, cuyos movimientos nos dieron á conocer que era un crucero de los separatistas y que venia dándonos caza. El capitán del «De Soto» no perdió la serenidad, aunque solo contaba con dos cañones pequeños, incapaces de sostener dignamente un combate con un vapor de guerra; pero hábil marino, con un buque ligero y en un mar erizado de obstáculos, se propuso burlar la persecucion de su enemigo. No por eso descuidó las precauciones indispensables para el caso de verse precisado á recurrir á la fuerza para defenderse, pues si bien sabia que en la lucha tendria que sucumbir, no era hombre que se resignase á rendirse antes de haber cambiado algunas balas con los rebeldes.

Armó á la tripulacion, y nos invitó á todos los pasajeros para tomar tambien las armas, invitacion que nadie rehusó. Seguro entonces de no sucumbir sin pelear, si á ello se veia obligado, comenzó á poner en práctica su plan de huir de la persecucion del crucero. A todo vapor, con una habilidad verdaderamente prodigiosa, cambiando de rumbo á cada instante para entrar aquí y allá por entre los islotes; ocultándose de cuando en cuando á la vista de su adversario, siempre que se lo permitia alguna roca elevada, y entonces tomando un rumbo

diferente para alejarse de él sin que lo notase; haciendo desaparecer á veces ya la luz de babor ya la de estribor, ó cambiando los colores de estas, logró ver, despues de una infinidad de maniobras de esta clase, que la distancia del crucero al «De Soto» habia aumentado sensiblemente. A eso de las diez de la noche las rojizas luces de aquel apenas se distinguian en el horizonte, y poco despues de la media noche ya habian desaparecido. Entonces el bravo capitan puso inmediatamente la proa hácia Cuba, sin disminuir en lo mas mínimo la fuerza de la máquina, pues así estaba seguro de llegar al dia siguiente, como lo consiguió en efecto, á las aguas de la Isla sin ser alcanzado por su perseguidor. Durante esa larga noche de vigilancia y de alarma, yo no sé si me causaba tanta emocion la perspectiva de un combate naval tan desfavorable para nosotros, como el peligro constante que corrimos de estrellarnos contra alguno de los muchos arrecifes que allí existen, é ir á aumentar de ese modo los restos de los numerosos buques que entre ellos han perecido. Probablemente debimos nuestra salvacion tanto al acaso y á la pericia del capitan, como á que nuestro perseguidor no se atrevió quizá á penetrar de noche á aquel laberinto de islotes.

En cuanto al «Yazoo,» confiado en la paz de los hombres y en la de los mares, seguia tranquilamente su rumbo casi Norte hácia la ciudad de William Penn. Nos hallábamos en la corriente del Golfo, llamada *Gulf Stream* por los marinos, verdadero rio dentro del mar, debido á la diferente temperatura de sus aguas, y que despues de circundar el vasto contorno del Golfo de México, sale entre Cuba y la Florida para dirigirse hácia el Noreste hasta perderse cerca de las costas de Europa. Por efecto de esta corriente, comenzó el barco á tomar su movimiento lateral con bastante fuerza, y en consecuencia principió tambien á hacerse sentir el mareo entre las personas débiles de cabeza ó delicadas de estómago. Aun en medio de las

mayores calmas, casi siempre se manifiesta la proximidad del cabo Hatteras por el aumento del balanceo en los buques; y en efecto, el día 3 á eso de las siete de la noche, distinguimos los faros del cabo.

Casi á la misma hora, una luz intensa de colores rojizo y violado, que se fué extendiendo por toda la region septentrional del cielo, atrajo á todo el mundo sobre cubierta. Teníamos á la vista una aurora boreal. El fenómeno duró poco, y sin llegar á adquirir toda la esplendidez que generalmente alcanza en latitudes mas altas; pero esto no obstante, nos hizo gozar por cosa de media hora del bellissimo espectáculo de las ráfagas violadas, figurando hermosos cortinajes que se formaron con bastante claridad hácia el Noreste, si bien poco elevadas sobre el horizonte. En seguida la luz se desvaneció poco á poco; el cielo fué recobrando gradualmente su color ceniciento, y el mar, algunos instantes, enrojecido como por el reflejo de un incendio, volvió á tomar su melancólico tinte verdinegro, que parecia mas sombrío por efecto de su comparacion con el que poco antes habia reflejado de la atmósfera.

Desde los primeros dias de esta travesía, el tiempo habia ido refrescando de una manera muy sensible. Como nuestro rumbo era casi directamente al Norte, cambiábamos cada dia cerca de 4° en latitud, y habíamos entrado en la zona templada desde el 1° de Octubre. En consecuencia, las rápidas variaciones de latitud por una parte, y por otra los vientos frios del Noreste, que comenzaron á soplar desde el día 3, produjeron un descenso de temperatura que nos pareció tanto mas rudo cuanto mas intenso habia sido el calor dos dias antes. Ya nadie pensó en dormir sobre cubierta, no obstante ser mas cómodo para hacerlo así este vapor que el «Caravelle,» y por el contrario todos comenzamos á sacar á luz nuestros abrigos, y los que no sufríamos los efectos del mareo, empezamos á encontrar muy agradables los paseos sobre el puente para aprovechar el calor de los rayos solares.

El 4 de Octubre siguió reinando el viento, y nuestros termómetros indicaban á medio dia una temperatura inferior á 20° centesimales, mientras que dentro de los trópicos habia sido de mas de 30°. En la tarde bajaron á 15°, casi á la hora en que comenzamos á ver la tierra, acercándonos al rio Delaware, al cual entramos durante la noche bajo la garantía de les faros que marcan sus orillas.

*La entrada á un rio es siempre un fausto suceso para los navegantes, ya porque cesa como por encanto el mareo entre los que padecen ese mal, ya porque generalmente la navegacion fluvial indica el término de la marítima. Así es que, el dia siguiente, á pesar del viento y del frio, pues la temperatura era solo de unos 5°, todo el mundo se levantó muy de mañana, para contemplar las risueñas márgenes del Delaware y las preciosas vistas que ofrecen los terrenos inmediatos cultivados y cubiertos de numerosas fábricas y casas de campo.*

Contábamos con llegar á Filadelfia en las primeras horas del dia, y con tomar inmediatamente los trenes para New York; pero á eso de las seis de la mañana, llegó á abordarnos un vapor de la oficina de sanidad, conduciendo al médico que debia pasar la visita de costumbre. Como no teniamos á bordo ningun enfermo, creimos que tampoco se nos opondria obstáculo alguno para desembarcar en Filadelfia, distante solo unas cuantas millas. Grandes fueron, pues, nuestra sorpresa y nuestra contrariedad, cuando se nos notificó que por venir de la Habana, infestada todavía por el vómito, quedariamos en cuarentena durante dos dias por lo menos.

En cualesquiera circunstancias una sentencia de cuarentena, causa al viajero trastornos de mas ó menos importancia; pero en las mias era una positiva calamidad cuyas consecuencias podrian ser muy funestas para el objeto de mi viaje. Dos ó tres días de atraso serian quizá suficientes para no llegar á San Francisco en tiempo oportuno á fin de tomar el vapor del Asia que partiria

de este puerto hácia la mitad del mes; y perder esa oportunidad equivalia á prescindir de toda esperanza de llegar á las costas de Asia antes del fin de Noviembre. Se lo manifesté así al capitán con tal vehemencia, que el excelente y apreciable Mr. Barret tomó verdadero empeño en servirme, comenzando por conseguir del rígido doctor el permiso para ir él solo á tierra, á fin de interesarse con las autoridades, hasta obtener de ellas la revocacion de la sentencia que nos tenia impuesta el oficial de la sanidad. Mucho le agradecí su buen intento, y para poner en juego otros eficaces recursos, le supliqué que tan pronto como llegase á tierra trasmitiese un telegrama mio al Sr. D. Ignacio Mariscal, ministro de México en Washington, en el cual le explicaba mi posicion y lo importante que era salir de ella.

Después de dejarnos anclados frente al pueblecillo de Chestel, partió Mr. Barret con el doctor. Casi todo el día estuvo ausente, y ya podrá formarse el lector una idea de la impaciencia con que esperaba yo su vuelta, temiendo que fuesen infructuosas sus gestiones. Por fortuna me equivoqué en esto, y aunque siempre se perdió el día, volvió el capitán á eso de las seis de la tarde á anunciarnos que estábamos libres, é inmediatamente dispuso que continuase el «Yazoo» su camino. Dos horas después desembarcábamos en uno de los extensos muelles de Filadelfia, en medio de una infinidad de buques procedentes de todas las naciones del mundo.

Como la hora era avanzada, no fué posible hacer desembarcar nuestras cajas; y por otra parte, el capitán me ofreció encargarse personalmente de hacerlas desembarcar al día siguiente, para que desde luego se enviasen por el ferrocarril á New York, ó directamente á San Francisco si era así posible. Fuimos, pues, á tomar nuestro alojamiento para pasar la noche en la ciudad, después de haber dado las gracias á nuestro buen amigo el capitán Barret por sus positivos servicios.

El 6, muy temprano, volví á bordo con la Comisión para sacar las cargas y nuestros equipajes, que tenían que sufrir la visita de la aduana. Hallamos ya allí al capitán con la señorita su hija, linda niña de doce ó trece años, que á pesar de su corta edad era ya una excelente pianista, y en esta ocasión volvió á prestarnos Mr. Barret un nuevo y señalado servicio, manifestando á los empleados de la aduana quiénes éramos y cuál el objeto de nuestro viaje. A consecuencia de este informe los oficiales se manejaron con la mayor cortesía, haciendo solamente abrir por pura fórmula una ú otra maleta de equipaje, y dejando cerradas todas las cajas de los instrumentos, las cuales se trasladaron á tierra con mucho cuidado. Todo esto fué una verdadera fortuna, pues se comprende fácilmente el peligro que hay de estar abriendo y cerrando los cajones que contienen aparatos delicados, y especialmente cuando esta operación es practicada por personas que no tienen idea del cuidado con que es preciso manejarlos. Por lo que respecta á los cronómetros, no fiándonos mas que de nuestras propias manos, los hemos llevado personalmente el Sr. Jimenez y yo durante todo el viaje, á fin de tenerlos constantemente á la vista, y de darles cuerda todos los días para que su marcha no se alterase. Muy grande ha sido la molestia que esto nos ha causado, sobre todo, cuando en los ferrocarriles teníamos que cambiar de trenes, pues á veces nos veíamos obligados á recorrer distancias considerables cargando las cajas; pero en cambio de esas fatigas, tuvimos la satisfacción de podernos fiar, mas tarde, en las indicaciones de nuestros guarda-tiempos.

Los demas aparatos no pudieron enviarse directamente á San Francisco, y por tanto los remití á New York por los trenes de la compañía llamada *Adam's Express*. Despues de todos estos arreglos, tomamos, á eso de medio día, el ferrocarril para esta última ciudad. No quise, sin embargo, alejarme de Filadelfia sin dejar



á Mr. Barret un ligerísimo testimonio de los muy gratos recuerdos que siempre conservaré tanto de su fina amistad como de su empeño por prestarme servicios, que atendidas las circunstancias en que me hallaba, fueron en extremo valiosos; y con tal propósito y para no herir su caballerosa delicadeza, hube de conformarme con enviar á la señorita Barret algunas piezas escogidas de música.

En los lujosos trenes que hacen el servicio del ferrocarril entre Filadelfia y New York, llegamos á esta ciudad en poco mas de cuatro horas. Como no podia perder tiempo, abrigaba yo la esperanza de poder hacer en el mismo dia algunos de los varios negocios que tenia que arreglar, á fin de quedar expedito para continuar mi camino á San Francisco el dia siguiente si era preciso. Sin embargo, á pesar de mis deseos nada fué posible hacer, pues aun cuando llegamos á la estacion del ferrocarril poco antes de las cuatro y media de la tarde, se pasó algun tiempo en esperar el vapor para atravesar la bahía, en llegar á nuestro hotel y en instalarnos, de suerte que ya casi de noche terminamos todas estas operaciones. Salí, no obstante, con el objeto de visitar á nuestro cónsul el Sr. D. Juan Navarro, contando con sus buenos oficios y con su profundo conocimiento de la ciudad para allanar todo lo relativo al trasporte de nuestro pesado tren de observatorio; pero supe que su residencia distaba mas de dos millas de la oficina del consulado, y sin la seguridad de hallarle en ella, tuve que aplazar para el dia siguiente mi visita.

Como los Sres. Fernandez, Barroso y Bulnes no habian estado antes en los Estados Unidos, natural era que tuviesen muchos deseos de ver algo de la ciudad, pues la rapidez con que me veia yo obligado á llevarlos, no les habia permitido conocer casi nada de los lugares del tránsito. Comprendiéndolo así, les dije que el Sr. Jimenez y yo, que ya habiamos vivido en New York,

nos encargariamos de todos los arreglos relativos á la prosecucion del viaje, y que por lo, mismo aprovechasen el tiempo que permaneciésemos en la ciudad para ver lo que pudiesen de ella.

En efecto, el 7 por la mañana fuí con el Sr. Jimenez al consulado mexicano, y ayudado por la eficacia del Sr. Navarro, se arregló el transporte de los bagajes hasta San Francisco, viéndome obligado á mandarlos por línea acelerada (express), á pesar de lo costoso que fué el flete, pues de otra manera no era posible que llegasen á tiempo para embarcarse con nosotros.

No habia yo vuelto á ver al Sr. Navarro desde 1863, época de nuestros primeros reveses en la memorable guerra de intervencion; de manera que tuve el doble placer de encontrar al compatriota en país extranjero, y al antiguo amigo despues de una larga ausencia, hallándole franco y afable como siempre. No presentia entonces la terrible desgracia que seis meses mas tarde vino á asestarle uno de aquellos golpes que ponen en peligro hasta la razon de un hombre: la pérdida simultánea de una esposa y de una hija queridas..... Séame permitido consagrarle aquí una expresion de simpatía en medio del profundo pesar que puso á tan ruda prueba toda su entereza.

Arreglado el asunto de la traslacion de los instrumentos, me quedaban todavía por arreglar otros dos de importancia: el primero recibir algunos fondos para la continuacion del viaje, y el segundo hablar con el presidente de la compañía de vapores que hacen al Asia sus viajes periódicos, á fin de saber con entera certeza el dia en que deberia salir de San Francisco el primer buque con ese destino. De estos últimos informes dependería la fecha de mi partida de New York, contando con los siete dias y otras tantas noches de ferrocarril que se invierten para trasladarse de una de estas ciudades á la otra.

Me dirigí, pues, á la casa del banquero de quien tenia yo que recibir los fondos necesarios, mientras el Sr. Jimenez hacia la entrega de las cargas á la compañía encargada de su conduccion, y recogia los respectivos documentos. Una vez arregladas las cuentas con el banquero, pasé á la casa de Mr. Hatch, presidente de la compañía de vapores del Pacífico, para quien tenia yo una carta de introduccion que tuvo la bondad de mandarme á Orizaba Mr. Clarke, redactor en México del periódico *The two Republics*.

Quien no haya tenido ocasion de visitar esas grandes casas de comercio de los Estados Unidos, difícilmente podrá formarse una idea del número de personas que entran y salen á las horas del despacho, del de empleados que hay en ellas y del de visitantes al gefe del establecimiento. Sucede á veces, como me aconteció en aquella ocasion, que se ve uno obligado á esperar un tiempo considerable para lograr ver al director de la negociacion, porque hay otras personas que han llegado con anterioridad, ó porque aquel se encuentra ocupado en hablar de asuntos con ellas. Media hora quizá ó acaso mas tuve que esperar para ser recibido por Mr. Hatch; y sea por no tener costumbre de hacer antesalas, sea porque el escasísimo tiempo con que contaba redoblase mi impaciencia, el hecho es que ya me disponia yo á marcharme á otra parte para tomar los informes cuya adquisicion me habia llevado á aquella casa, cuando me avisaron que el presidente de la compañía me esperaba.

Pasé inmediatamente á su despacho, y despues de cambiados los cumplimientos de estilo, de presentarle mi carta de introduccion, así como otra cerrada que tambien me habia encargado Mr. Clarke que le entregase, le supliqué que me dijera cuándo partiria de San Francisco el vapor mas próximo para el Asia, en qué puertos debia tocar, cuál era la duracion normal de la travesía, y diciéndole, por último, que tomaria

yo pasajes para la Comision de mi cargo, si el buque se hacia á la mar antes del 30 de Octubre.

A todas mis preguntas contestó Mr. Hatch con la mayor complacencia, informándome que estaba fijada para el 16 ó el 17 de Octubre la salida del vapor «Vasco de Gama,» con destino á Yokohama y á Hong-kong, y que podia contarse un mes poco mas ó menos de navegacion entre San Francisco y la China. Despues, consultando las cartas que le habia yo dado, añadió:

—Segun esto, desea vd. que los pasajes se le proporcionen libres, atendido el honroso objeto de su mision.

—Le pido á vd. que me dispense, le contesté, pero no creo haber dicho una sola palabra que se preste á tal interpretacion. Mi gobierno me ha provisto de los recursos suficientes para toda la expedicion, sin lo cual no la habria enviado, y por tanto permítame vd. que, agradeciéndola mucho, no acepte su oferta, pues por tal la tengo. Mi visita no ha tenido mas objeto que el de adquirir los informes exactos, que nadie como vd. podia proporcionarme.

—Muy bien, dijo el presidente, se hará lo que vd. guste; pero le aconsejo á vd. que difiera su viaje para el 30 de Octubre, en atencion á que el vapor que saldrá en esa fecha es mucho mejor que el «Vasco.»

—¿Ofrece el «Vasco,» le pregunté, algun peligro ó inconveniente excepcional, ó solo se refiere vd. á su menor comodidad respecto del otro? Porque en este último caso no me es posible adoptar la opinion de vd. á causa de que el tiempo disponible que tengo es muy limitado, y aun despues de llegar al lugar de mi destino me quedará todavía mucho que hacer.

—No señor, contestó Mr. Hatch, el «Vasco» no presenta mayor riesgo que cualquiera otro buque en una larga navegacion, y sobre todo en esta estacion; pero es un vapor solo de 3000 toneladas, muy angosto y por

consiguiente se mueve muchísimo en los temporales, mientras que el siguiente es de mas capacidad y de mayor anchura, lo cual lo hace mas estable.

—No ignoro que los vapores del Pacífico son enormes, le dije, y solo en virtud de esa consideracion puede vd. calificar de pequeño un buque de 3000 toneladas. En nuestros puertos raras veces los vemos de ese porte, por lo cual á mí me parece grande, y le aseguro á vd. que no vacilaria en embarcarme en cualquiera otro vapor mas pequeño todavía, con tal de que saliese antes que el «Vasco de Gama,» pues para mí la economía de tiempo vale ahora mas que cualquiera otra consideracion. Me decido, pues, por el «Vasco.»

—Está bien, y tendré el gusto de prover á vd. de cartas de especial recomendacion para el capitan. Por lo demás, el buque es velero, construido en Inglaterra y todo revestido de hierro. Teniendo vd. buena cabeza para resistir al mareo, espero que no habrá nada mas que temer.

Acepté las cartas para el capitan del «Vasco,» y me despedí de Mr. Hatch, despues de darle de nuevo las gracias por sus informes y de haber arreglado todo lo relativo á la toma de los pasajes. He referido parte de mi conversacion con este señor, porque no he sabido hasta hoy con seguridad, cuáles fueron los motivos que le indujeron á hablarme de billetes de pasaje gratis. Lo único que acaso podria explicarlos seria alguna indicacion que le hubiera sido hecha por Mr. Clarke en la carta cerrada que me encomendó para el presidente. Pero de ser así, como yo lo ignoraba completamente, confieso que de pronto me hirió la oferta, y acaso mas todavía el modo con que la hizo Mr. Hatch, pues creí comprender en sus palabras que él suponía ser ese asunto el objeto de mi visita. Tal vez por eso haya sido mi respuesta demasiado viva, lo cual sentiria en extremo, pues Mr. Hatch no tuvo evidentemente la

intencion de ofenderme, y por el contrario, en el resto de la conversacion conocí que trataba con un caballero lleno de franqueza y de cortés afabilidad; pero lo repito, su primera pregunta me sorprendió.

Por lo que respecta á las noticias que me dió el presidente de la compañía, se ve que eran favorables en el sentido de que me prometian la seguridad de embarcarme pronto; pero me demostraban al mismo tiempo que era preciso ponerse en camino para San Francisco á la mayor brevedad posible; y como el viaje de New York á este puerto dura una semana entera en las circunstancias ordinarias, me fué indispensable disponer la partida para la noche del mismo dia 7. A la verdad, debiendo partir el vapor el 16 ó el 17 de San Francisco, me hubiera sido posible en rigor permanecer en New York uno ó dos dias mas; pero no me pareció prudente hacerlo así, no obstante mi deseo de que los Sres. Fernandez, Barroso y Bulnes conociesen un poco la ciudad, por el temor de que algun atraso anormal nos detuviese en el camino mas tiempo del que generalmente emplean los trenes, como ya ha sucedido algunas veces.

Dí, pues, la órden de marcha para aquella noche, quiere decir, para dos ó tres horas despues, porque en los asuntos en que me habia ocupado se pasó casi todo el dia. De vuelta á mi hotel apenas tuve tiempo para recibir las visitas con que me honraron nuestro representante en Washington, el Sr. Mariscal, algunos otros compatriotas y varios anglo-americanos, deseándome un viaje libre de accidentes y feliz por sus resultados. Realmente me causaba pesar que mis compañeros no viesen todo lo que hubieran podido ver de la gran metrópoli anglo-americana, pero tuve que ceder á la imperiosa ley de la necesidad. Y lo sentia tanto mas cuanto que, á pesar de la curiosidad muy natural en quienes visitan un país extranjero por la primera vez, y tratándose sobre todo de la ciudad mas populosa de la América, todos

se dispusieron inmediatamente á partir, bien convencidos de que solo un motivo poderoso me obligaba á llevarlos con velocidad de proyectil, segun la expresion del ocurrente Sr. Bulnes. Este jóven, cuyas conversaciones siempre llenas de chispa nos han distraido mas de una vez en las largas horas de tedio que inevitablemente se cuentan en todo viaje, se habia ya encontrado en New York con varios compatriotas amigos suyos, y paseaba por todas partes admirando la actividad anglo-americana, las costumbres del pueblo, la belleza y el lujo de los edificios y la hermosura de las mujeres. Todo fué preciso dejarlo tan pronto como supo la órden del dia, ó por mejor decir, de la noche, y le ví afanoso volviendo á arreglar sus maletas, que habia desarreglado en la mañana misma de aquel dia, para vestirse elegantemente á fin de hacer honor á la gran ciudad.